

MIGUEL SERVET Y CALVINO HISTORIA DOCUMENTADA DE GRANDES ODIOS

Por LUIS ALBERTO UNCEÍN TAMAYO

Así como de la cantera inagotable, historia documental, podemos extraer la verdad de grandes amores, también pueden delinearse historias de otros grados del fenómeno amoroso: grandes pasiones, grandes amistades, querencias no compartidas, y hasta el testimonio vivo del reverso repulsivo del sentimiento amoroso, o sea, la historia de odios célebres que han quedado como señales crepitantes a lo largo del camino de la humanidad, punteando al rojo vivo misterios insondables de algunos seres. Pasémonos hoy a ese confín tenebroso del odio como manifestación capital en la vida de ciertas personas, y hemos escogido el espantoso y bien documentado caso del odio entre dos personajes famosos del Renacimiento europeo, Juan Calvino y Miguel Servet, llevándose la palma Calvino, francés norteño por nacimiento, ginebrino por adopción, y Servet, un acérrimo individualista español, su víctima.

El mundo actual nos ha enseñado que huyamos de las definiciones, conceder escasa importancia al verdadero sentido de las palabras. Esto no quiere decir que durante siglos de épocas pasadas, no se preocupara el hombre por definir y precisar conceptos, y procurara alejarse de esa postura que supone las palabras como sacos vacíos que pueden rellenarse a voluntad. Y para comprender esta historia, hemos de comenzar por definir una palabra que todavía para muchos conserva una vigencia constante y exacta, y que en el Renacimiento enardecía a hombres, pueblos y naciones enteras. Nos referimos a la palabra *hereje*. Desde la época de los Apóstoles en el siglo I, tal vocablo fue tomado de la lengua griega, del verbo *haireo* y significaba: “Agarro”, “me apodero de”, y “quito”. Guarda relación con el conjunto de dogmas de la Iglesia católica, apostólica y romana, donde todos los dogmas se armonizan ocupando su puesto sin ninguno salirse de madre. Hereje vino a ser el que tomando determinado dogma lo desgajaba del conjunto, lo agarra, se apodera de él quitando otros, y lo impone en falsa perspectiva sobre los demás, desquiciando el conjunto trenzado y armonioso. Este es el meollo de lo que hicieron Miguel Servet y Calvino, cada uno por su cuenta, y la razón misma de cómo brotó su odio exterminador.

En cuanto al aspecto documental, puede estar seguro el lector que nos basaremos en lo rigurosamente histórico porque abundan los testimonios escritos, y en sus peores aspectos, en rigurosas fuentes auténticas que pueden agruparse bajo

el antiguo principio de: a confesión de parte... relevo de pruebas. Baste recordar que los personajes viven en pleno auge del Humanismo, y que toda Europa se solaza en imitar la costumbre greco-romana del arte epistolar. Todo mundo conversa por carta y hasta recurren a la imprenta. Hechas las oportunas salvedades, cuánta reconstrucción histórica nos quedó en los epistolarios de Pedro Mártir de Anglería y de Erasmo de Rotterdam, por citar los más divulgados. Por ahí nos toparemos con algunos escribas del siglo XVI.

I. - *Siete años decisivos*

Cuando el Apóstol Simón Pedro le preguntó a Jesús que cuántas veces debía perdonar a sus ofensores, Cristo le respondió: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete", que para la simbología popular de la época, equivalía a decir: un perdón sin límites. 70 x 7 es el Infinito. El reformador Calvino siguió obstinadamente el camino contrario. Fue típico del siglo XVI que los reformadores protestantes, aplicando el *libre examen* que por otra parte no fue invención suya, bien vetusto era, no solamente se alzaron con ciertos dogmas y negaron otros, también entraron a saco en las Sagradas Escrituras y resaltaban lo que les convenía y silenciaban lo que les daba la gana. Lutero, viendo que no le encajaban a su doctrina ciertos párrafos de esa hermosa epístola, la única que se conserva del Apóstol Santiago el Mayor, simplemente la descartó llamándola "cosa de estercolero". Y Calvino, despreciando a Cristo, no perdonó; es más, durante SIETE AÑOS consecutivos alimentó y aventó entre sus seguidores un odio inextinguible hacia Miguel Servet. En vez de consumir en sí mismo el odio, tal como lo ordenaba Cristo, no perdonó. Por el contrario, logró consumir a su rival en la hoguera, tras siete años de tejer a su alrededor la más sutil e hipócrita de todas las tramas renacentistas entre 1546 y 1553. Y aun después de calcinarlo vivo, tuvo el sadismo de escribir una obra, narrando y gloriándose de tan atroz suplicio. "Caiga su sangre sobre nuestra sangre"...

II. - *La nueva "Institución Cristiana"*

Arrebatados en furia apocalíptica ante los vicios, abusos y escándalos del alto y bajo clero católico a fines de la Edad Media, la mayoría de los protestantes reformadores procuraron volver a lo que ellos suponían un auténtico cristianismo primitivo. Lo cierto fue que cayeron en el mito del retorno para crear cosas completamente distintas y nuevas, que nada tenían que ver con la pretendida vuelta al pasado. Tal fue el intento del joven legista Calvino cuando a los 28 años publicó su "Institución de la Religión Cristiana", en brillante literatura por su estilo correcto pero donde ensombrece la teología al apoderarse exclusivamente de los aspectos más tenebrosos de las relaciones entre Dios y el hombre. Imposible meternos en toda su nueva construcción religiosa, intentarlo en tan corto espacio sería volvernó añasco, y nos fijaremos en la doctrina básica; la *predestinación* y la *negación del libre albedrío*. El hombre no es libre para el bien; por

lo tanto, nada valen las buenas obras, y de allí se concluye que los que se salvan es porque Dios los tiene escogidos (predestinados) en número limitado.

A los primeros que Calvino expulsó de la eterna felicidad celestial fue a los Santos canonizados por la Iglesia Católica. Mandó a la porra a todo el Santoral, su culto y sus reliquias, pero en cambio, abrió las compuertas del poder de las tinieblas, y le dio una influencia poderosa; creyó y predicó, la existencia omnímoda del mal en brujas, hechiceros y adoradores del demonio, y con éstos, la única solución era enviarlos a la hoguera. Lo que en la Inquisición española fueron casos de excepción, eso de creer en brujas, excepto cuando se comprobaba que utilizaban menjurjes capaces de liquidar a cualquier prójimo, en la Inquisición de Calvino y sus seguidores del resto de Europa, llegó a ser por siglos una humareda constante de brujas que arden. Y todo eso, mientras eminentes inquisidores católicos, minimizaban el poder brujeril considerándolas por lo general, mujeres enfermas, dopadas por sus ungüentos. A la par de las brujas, Calvino formó su lista de herejes, herejes de su propia herejía, y ahí quedó fichado Miguel Servet, protestante heresiarca entre los protestantes.

III. - *La "Restitución del Cristianismo"*

Cuando Calvino publicó su obra creadora de un nuevo orden cristiano, verdadera Anti-Roma que luego materializó en Ginebra, hacía tiempo que Servet había abandonado el catolicismo y se convertía en uno de los pensadores sobresalientes del campo protestante. Individualista de raíz aragonesa, intelectual ávido de la biblia, gran hebreísta, apasionado de la figura histórica de Cristo, místico que llegó a gran altura, incongruente en los dogmas que aceptaba y que luego dejaba a un lado, se mantuvo sin embargo muy firme en la doctrina católica del libre albedrío. Para él, ante todo, la libertad del hombre, convirtiéndose en el más encarnizado polemista destructor de las ideas de Calvino. Desde que en 1533, a los veinte años, publicó sus "Diálogos sobre la Trinidad" quedó fichado entre los jefes protestantes que se confabularon, Calvino a la cabeza, para exterminarlo como hereje peligroso. Ya antes de imprimir sus martillazos contra la Trinidad ("cancerbero de tres cabezas, visión papista y quimera mitológica"), todo lo había predicado en alta voz, y Zwinglio se lo advierte a Ecolampadio (Juan Hausschein) para que lo conquiste, y éste le responde por carta: "Yo lo he hecho; pero es tan altanero, orgulloso y disputador, que nada se puede conseguir de él". Y Zwinglio rubrica sentencioso: "No se ha de sufrir tal peste en la Iglesia de Dios. Indigno es de respirar quien así blasfema". Desde el púlpito de Estrasburgo, truena el calvinista Bucero que "Servet merecía que le arrancasen las entrañas".

Si Miguel Servet ya se había separado del gremio católico, más rápido que inmediato se dio cuenta de que con los protestantes se jugaba también la cabeza. Cambió de nombre, estudió medicina, y se dedicó a publicar obras muy importantes de su saber e investigaciones como galeno, y colaboró en varias ediciones en otros ramos del Humanismo. Cuando su bisturí descansaba, blandía el escalpelo por las sinuosidades del cerebro de Calvino y al tenebroso mar del fatalismo cal-

vinista despachó toda una flota de cartas repletas de santabárbaras filosóficas y corrosivas burlas pestilentes. Siete años después se las repitió por escrito ante el tribunal de Ginebra, llamándolo en su cara: “Simón Magus, sicophanta, impostor, perfidus, nebulo, mus ridiculus, cacodaemon” (nuevo Simón el Mago, bribón, canalla, pérfido, calumniador, delator, ratón ridículo, demonio ladrón). Y aun añade: “En causa tan justa persisto constante y no temo la muerte”.

En aquellos años del epistolario que hacía crujir la puyuda mandíbula predeterminada de Calvino, no contento con eso, Servet le envió un ejemplar de su “Institución Cristiana” totalmente anotada en sus márgenes y con notas críticas demolidoras. Dióle tal dentera a Calvino que le escribe a uno de sus fieles: “No hubo página que no manchara con su vómito”. Y para colmar la medida, el testarudo español le remite un fenomenal cartapacio (más de quinientos folios) que era el borrador de su obra todavía inédita “Christianismo Restituito”, advirtiéndole con jactancia: “Ahí aprenderás cosas estupendas e inauditas; si quieres, iré yo mismo a Ginebra a explicártelas”. Y en efecto, sabemos que sí tenía cosas *estupendas e inauditas*, porque en ese piélagos de teología combativa, y no en sus obras de medicina fue que Servet intercaló aquellos párrafos que lo convirtieron en sabio inmortal al servicio de la humanidad. Fue allí donde estampó su descubrimiento fisiológico de la *circulación pulmonar*.

En faena de remate, le acogota Servet lo siguiente: “Hacéis caer a los hombres en la desesperación, y les cerráis la puerta del reino de los cielos... La justificación que predicáis es una fascinación, una locura satánica... No sabéis lo que es la fe, ni las buenas obras, ni la regeneración... Hablas de actos libres, como si en tu sistema pudiera haber alguno... ¿Qué absurdo es ese que llamas *necesidad libre*?”. Enmudecieron las cartas de respuesta de Calvino para Servet, pero sí le escribió a Farel, su incondicional amigo, anunciándole el final de la trama: “porque si viene Servet, le juro que no ha de salir vivo de mis manos, o poco ha de valer mi autoridad”.

IV. - Hoguera final del odio

Enero de 1553. Servet recoge en una imprenta clandestina su primera edición del “Cristianismo restituido” (734 folios en 8°). Precavidos él y su impresor, los mil ejemplares no llevaban pie de imprenta, tan sólo el año y en la última página las iniciales M.S.V. Escondió la mayoría y despachó dos paquetes, uno hacia la ciudad de Frankfort para ser vendidos en su importante feria comercial. Desde allí, muy pronto le enviaron un ejemplar a Calvino. En el riguroso invierno ginebrino, tendió sus manos hacia la chimenea y a la luz del fuego crepitante como su odio, leyó los virulentos ataques impresos, más otros demolidores contra Lutero y el “gallina mojada” de Melancton, y en el Apéndice, completicas, con aquellas viejas razones y argumentos sazonados de insultos, todas las cartas personales que Servet le había dirigido. Entre las llamas chisporroteantes los ojos de Calvino contemplaron el retorcido cuerpo de Servet, ese año cumpliría 42 años de edad, y decidió que los sarmientos serían verdes, para que tardase en arder un buen fuego. El 27 de octubre de 1553, ya todos sabemos

que se cumplió la hoguera final del odio de Calvino, hasta con los chamizos verdes, y por eso, solamente nos fijaremos en la solapada red que hizo todo posible.

Valiéndose de un tercero, del nefasto Guillermo Trie, mercader de Lyon, conocido por notoria quiebra fraudulenta y ahora refugiado al lado de Calvino, éste le dictó una carta para el católico Antonio Arneys, residente en Lyon, echándole en cara que se permitiese la publicación de tal obra en la catolicísima Viena, porque con toda frialdad, delató nombre de autor, del impresor y resaltó las herejías. En segunda carta delatora, remitió por mano de Trie la primera hoja del impreso y unas cartas autógrafas de Servet para el control de su caligrafía y firma. Arneys lo comunicó a Mateo Ory, inquisidor general de Francia, y éste a Paulmier, arzobispo de Viena. ¿Lo ejecutarían en Viena? Da la casualidad que no, pese a las pruebas remitidas, y caer presos Servet, su impresor y los obreros. Había una poderosa razón: el arzobispo, el vice-bailío de Viena, los otros jueces, y muchísimas personas notables, lo que conocían era un médico afamado, un tal Miguel de Villeneuve, a quien debían numerosas y sorprendentes curaciones. Le dejaron amplia libertad en la cárcel. Un día recibió cierta buena cantidad de dinero del Prior del monasterio de San Pablo, y a la mañana siguiente el preso desapareció. Por qué Servet, el testaduro, pasó por Ginebra, lo sabremos el día del Juicio Universal. Cónsono con sus doctrinas, el predestinado para ser verdugo, fue Calvino.